

Del orden de las cosas

Por Blanca VARELA

A Octavio Paz

Hasta la desesperación requiere un cierto orden. Si pongo un número contra un muro y lo ametrallo, soy un individuo responsable. Le he quitado un elemento peligroso a la realidad.

No me queda entonces sino asumir lo que queda: el mundo con un número menos.

El orden en materia de creación no es diferente. Hay diversas posturas para encarar este problema, pero todas a la larga se equivalen. Me acuesto en una cama o en el campo, al aire libre. Miro hacia arriba y ya está la máquina funcionando. Un gran ideal o una pequeña intuición van pendiente abajo. Su única misión es conseguir llenar el cielo natural o el falso.

Primero se verán sombras y, con suerte, uno que otro destello; presentimiento de luz, para llamarlo con mayor propiedad. El color es ya asunto de perseverancia y de conocimiento del oficio.

Poner en marcha una nebulosa no es difícil, lo hace hasta un niño. El problema está en que no se escape; en que entre nuevamente en el campo al primer pitazo.

Hay quienes logran en un momento dado ponerlo todo allí arriba o aquí abajo, pero ¿pueden conservarlo allí? Ese es el problema.

Hay que saber perder con orden. Ése es el primer paso. El abc. Se ha logrado una postura sólida. Piernas arriba o piernas abajo, lo importante, repito, es que sea sólida, permanente.

Volviendo a la desesperación: una desesperación auténtica no se consigue de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan toda una vida para obtenerla. No hablemos de esa pequeña desesperación que se enciende y se apaga como una luciérnaga. Basta una luz más fuerte, un ruido, una ráfaga, para que retroceda y se desvanezca.

Y ya con esto hemos avanzado algo. Hemos aprendido a perder conservando una postura sólida, y creemos en la eficacia de una desesperación permanente.

Recomencemos: estamos acostados bocarriba (en realidad la posición perfecta para crear es la de un ahogado semienterrado en la arena). Llamémosle cielo a la nada, esa nada que ya hemos conseguido situar. Pongamos allí la primera mancha. Contemplémosla fijamente. Un pestañeo puede ser fatal. Éste es un acto intencional y directo, no cabe la duda.

Si logramos hacer girar la mancha, convirtiéndola en un punto móvil, el contacto estará hecho.

Repetimos: desesperación, ascensión del fracaso y fe. Este último elemento es nuevo y definitivo.

Llaman a la puerta. No importa. No perdamos las esperanzas. Es cierto que se borró el primer grumo, se apagó la luz de arriba. Pero se debe contestar, desesperadamente, conservando la posición correcta (bocarriba, etcétera) y llenos de fe: ¿quién es?

Con seguridad el intruso se habrá marchado sin esperar nuestra voz. Así es siempre. No queda sino volver a empeñar en el orden señalado.

VALS

No he buscado otra hora, ni otro día, ni otro dios que tú.

Laberinto, pirámide de humo, altura que canta, pozo que amenaza, tierra de abismo, primavera ciega.

La soledad nos une en la humedad del guisante, en la hinchazón de la ola, en el sudor de la raíz.

Brota en el polvo gris de Lima la baya cargada de ira. Gira el vals, manantial de orina, vaho dorado y golpe bajo. Labios negros, estrujados, fantasma que se acaricia bajo las uvas amarillas y se flajela al alba con las estrellas.

Asciendo y caigo al fondo de mi alma que reverdece agónica de luz, imantada de luz.

En este ir y venir bate el tiempo las alas detenido para siempre.

Recrearte: polvo, brizna, herida. Perderte: gesto, contacto, olvido. Buscar tu sombra, reconocerte tras una ventana, mancha de sol, sombra de lluvia, en cualquier calle del mundo.

Perseguirte, condenado girasol, como una piedra encadenada al aire; arrastrando la tierra, cauda que enciende universos, que se desvanece en una plaza.

La mirada que soy entorna la puerta, atisba el vacío, otea el cielo en ruinas.

En la rama vencida estalla una breva furiosa, la pupila en llamas, buscándote, exigiendo su razón de luz.

No hay dios sino este pensamiento terrible. Arco tenso, sin blanco.

¡Qué soledad en los astros que me acosan!

NO ESTAR

No estar. No estar. No estar. Un reflejo a la entrada de la cueva, la carrera en medio del día, la manada invisible, la nube de polvo.

Desde el fondo tirar la red. ¿Quién cae? ¿Quién vive? Esto es la noche. Esto soy yo.

No quiero ver las estrellas, no quiero ver lo que ha de morir, ni imaginar tu rostro, ni moverme hacia lo que amo.

Inmóvil, tras mi cuerpo, soy un río que crece; que avanza en la noche.

Tiempo, rostro de limo, espejo trizado. Repite este aire caliente que gira; hazlo una piedra, un círculo en el agua que me devora.

Lánzame mil veces de espaldas, despéñame, lléname de ojos; devuélveme mis palabras, mis pensamientos más violentos que la luz.

(Recuerdos donde tú eres yo y haces el mismo gesto de amor en la oscuridad.)

Voy hacia la ventana, me asomo al día negro y allí estoy. Al centro de la tiniebla.

Algo roto, sustancia herida, desgarrón luminoso súbitamente borrado, calor apartado de los labios, luz ambigua, noche de fuego y hielo. Silencio, muro de ecos, ser de espaldas.